

III PREMIO INCONTINENTES DE NOVELA ERÓTICA



PEDRO ANTONIO CURTO

Decir deseo



Ediciones
Irreverentes

Pedro Antonio Curto

Decir deseo

III Premio Incontinentes de Novela Erótica

Colección Incontinentes

Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la obra: © Pedro Antonio Curto

febrero de 2013

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-51-5

Depósito legal: M-36386-2012

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO

Pedro Antonio Curto ha intentado escribir una novela erótica y le ha salido un tratado sobre la mirada. Es un aspecto del erotismo, naturalmente (mirar es otra manera de practicar sexo: el voyeurismo), pero si algo puede decirse de *Decir deseo* es que estamos ante verdadera literatura, ante una novela que, de clasificarse en un género concreto, estaríamos minusvalorándola.

Cuando dos perdedores se encuentran y practican sexo como un alarido final, como si no hubiera un mañana, como la estación-destino, en esas horas de pasión y melancolía surgen toda clase de sensaciones físicas y psicológicas. Si los protagonistas, además, son seres derrotados (un viejo minero enfermo, al borde de la muerte), y una joven prostituta extranjera (en los límites de la miseria y carente de identidad, patria y puntos de referencia personales) el resultado puede ser sexo, si así se busca, pero en realidad hay mucho más: la necesidad de conocerse, la urgencia por sentir un calor que lo abrace, la perentoriedad de sobrevolar la caricia para sentir que, en la miseria del final, en la soledad de la existencia, puede encontrarse un ser humano capaz de amar y necesitado de ser amado. Y de esa conjunción florecen unas horas de amor que valen por una vida entera.

Los personajes de *Decir deseo* rezuman orfandad. Y para completar la metáfora de la pobreza y de la melancolía, Curto envuelve la acción en una lluvia persistente que afuera cae con infinita paciencia para mostrar que el mundo sigue siendo frío, húmedo, sórdido y gris, como la vida de casi todos.

Hay relatos que también utilizaron la misma metafórica imagen para introducir al lector dentro de la acción sin permitirle abandonar la escena porque afuera sólo hallarían una intemperie incómoda. Recuerdo sensaciones parejas en relatos de Junichiro Tanizaki, con más agresividad, y de George Bataille, con una poética mayor. Entre ellos, Pedro Antonio Curto ha sabido lograr una narración contenida, en ocasiones redundante, pero siempre eficaz.

En lo único que cabe abrir el debate es sobre la calificación de «erótica» para esta novela que se lee sin respiro. Si atendemos a las diferentes definiciones (desde «el erotismo es la pornografía vestida por Christian Dior» a «literatura erótica es la que se lee con una sola mano»), por no adentrarnos en que «la distinción entre erotismo y pornografía es puramente administrativa»), en mi opinión *Decir deseo* no puede encasillarse en el género. Porque el lector encontrará en estas páginas psicología, melancolía, amor, emociones y sentimientos, conceptos todos ellos que van mucho más allá del erotismo como género literario.

La descripción de un acto sexual, por detallado que sea, sólo resulta excitante cuando se concibe como juego y prevalece lo lúdico. Pero cuando contiene dolor y sabor a despedida, cuando es adjetivo y no sustantivo, cuando en la confrontación con *Tanatos* es *Eros* el derrotado, la literatura deja de ser erótica para convertirse en conmovedora. Así es la novela de Curto y así es como su lectura desencadena un universo de placeres.

Devoto de Pierre Louys, Apollinaire, Pieyre de Mandiargues y Klossowski, y en cierta medida heredero de la narrativa claustrofóbica de Kawabata, Pedro Antonio Curto ha cerrado una novela sólida, intimista, emocionante, claustrofóbica y romántica en la que sobresale el amor como estandarte del iceberg que esconde una galería de sentimientos y necesidades. Da igual que se trate de un amor pagado y de tan sólo unas horas de duración. Porque *Decir deseo*, sea cual sea la intención con que se acerquen a ella sus lectores, es una novela de amor. Una gran historia de amor en el final de los tiempos. De los tiempos de sus dos personajes, quienes después de lo que han pasado juntos ya no encontrarán jamás otra historia igual.

Como difícil es encontrarla en la literatura actual.

ANTONIO GÓMEZ RUFO

La veo llegar bajo un paraguas rojo, envuelta en un impermeable negro, como una sirena avanzando entre la densa lluvia. Sube por la carretera en lugar de hacerlo por la caleya¹ como hacen los habitantes del lugar, La Cortina, porque es más rápido. Y es que ella sería incapaz, no lleva madreñas para pisar por un estrecho sendero de barro y piedras: su calzado —unos zapatos de larguísimo tacón de aguja— no se lo permitirían. Desde ese momento he sabido que es extranjera, antes de oír-la hablar, antes de escuchar su voz rasgada, antes de oír su «r» impronunciable.

La Cortina no es una ciudad o un pueblo, es un lugar, un lugar en la falda de la montaña, al otro lado de la industria, regado por sus humos, en un valle bajo el reinado de un cielo gris con chimeneas industriales y minas de carbón; son las huellas que muestran el mundo del esfuerzo. Es aquel cielo dominado por una inmensa mancha de aceite, la que dibuja un imperio lánguido y triste sobre aquel valle, donde el sol parece imposible bajo el dominio pertinaz de la lluvia.

El sitio está poblado por una serie de casas en hilera colocadas allí como al descuido, cual si algún Dios hubiese tirado unos dados sobre una mesa de juego. Es un lugar con la humedad prendida en su piel, el agua que desciende por la montaña

1— En Asturias, camino estrecho, pedregoso y sucio.

lo cubre todo, una cortina acuosa haciendo honor al nombre que alguien le puso. Es precisamente un día de lluvia densa cuando ella llega, llama a la puerta de una casa y entra.

Es posible que sea la primera vez que entra en aquella casa, que la recibe aquel hombre; aunque no la primera vez que va a una casa desconocida, y la recibe un hombre como aquel. Pero eso no importa, porque en determinadas ceremonias, las que llamaremos ceremonias del amor, hay rituales que pueden existir como certidumbres, pero sólo son miedo, miedo a que los sentidos del cuerpo, de la piel, puedan construir un universo propio. A veces así es, a veces...

Puedo ver que ella tiene los cabellos oscuros, muy oscuros, una seda negra y larga que se desliza por sus hombros, su espalda, hasta confundirse con la negritud del impermeable. Descubro los ojos verdes, unas pupilas que sobresalen porque el verde no proviene del centro de la mirada, sino que lo ilumina todo, igual que un resplandor. También es cierto que los ojos verdes sobresalen por el contraste con la oscuridad de sus cabellos, a los que acompaña un envoltorio de piel blanca, piel de porcelana, que alguien diría se oculta del sol, como las mujeres antiguas.

Creo que el hombre se siente deslumbrado por su presencia, por una belleza que le parece infinita, una forma de ser guapa que no puede definirse con palabras, y se escapa de ellas, del limitado lenguaje que aquel ser es capaz de expresar. La mira largamente, como quien contempla un paisaje perturbador e inalcanzable. Luego la besa en la boca, un beso que es un

intento de acercarse. Él exhala, ella inhala, la mujer exhala, el hombre inhala. Y cuando uno deje de respirar, el otro también. Podría ser así, podría. Es el aliento, el aliento que necesita un hombre viejo.

Puedo distinguir que la vejez de aquel hombre no está en la edad, en la piel arrugada, en la vista cansada, en un rostro demacrado, en una anárquica barba de días que invade sus mejillas... Es una vejez interior, de cuerpo abatido por un mundo, el mundo del esfuerzo, los universos de la ausencia, la soledad. Es esa vejez que tose la que le hace difícil respirar, aunque lleve el nombre formal de una enfermedad llamada silicosis. Es por ese padecimiento que ella está en su casa, lo que provoca que por una vez le agradezca algo a su mal.

Los observo a través del cristal de una ventana, es una visión difusa que sin embargo me agrada, porque de esa forma me convierto en un extraño espía que contempla una realidad y la imagina al mismo tiempo. Es posible que sea la única manera para dotar de belleza al instinto de un cuerpo buscando copular con otro. Y en ese alejamiento de la cópula animal, violenta e instintiva, me acerco a la sensibilidad humana de una piel ante otra piel, terrible, violenta, bella, compleja, equívoca.

El hombre y la mujer se miran, se reconocen. Puede ser la primera vez que se ven, pero para llegar hasta ese punto han recorrido un camino: son imágenes almacenadas en la memoria que se reproducen del encuentro con otro él y otra ella. Creo que por eso las miradas van más allá de mirar. Porque mirar puede

a veces constituir un ejercicio simple si no hay un esfuerzo que atraviese lo establecido; es necesario cerrar los ojos durante unos instantes y salir de esa oscuridad deslumbrado por el ser que se descubre, que se redescubre. Es posible que así se puedan mantener los momentos iniciáticos, mantener la virginidad de la pupila, a la vez que su sombra.

Es una construcción del otro sobre el cuerpo que contempla con unos ojos ávidos, dispuestos para el descubrimiento, que siempre tienen una fantasía, aunque sea una fantasía gastada, algo que situar al otro lado del espejo.

Observo cómo el hombre acaricia los cabellos femeninos; su mano de pulso tembloroso desciende por ellos sintiendo un estremecimiento; entonces los compara con el carbón, le dice que son negros como ese mineral, pero suaves, igual que la seda. No puede evitar hablarle de él, ser lo primero que le cuente, sus años en las entrañas de la tierra arrancando aquella piedra. A pesar de todo, siente atracción por ese mundo subterráneo, aunque sea el que le haya inoculado el mal que le corroe el cuerpo, que le limita a la hora de vivir, a la hora de amar.

El hombre está tan ensimismado contando sus historias de minero que apenas se percata de que ella se quita el impermeable negro y, despojada de aquella envoltura invernal, le ofrece una visión diferente, una luz que se hubiese colado en la oscura galería de la mina.

Es entonces cuando la mira con deslumbramiento, con sorpresa, larga y detenidamente, como haría un niño ante algo desconocido que le asombra.

Contemplo que lleva un vestido sujeto a la altura de sus pechos, con los hombros desnudos, el tejido es de una blanca en la que se transparenta la sombra de formas que es su cuerpo, el cual parece vivir, moverse atrapado en el suéter.

Imagino que es bello, lo imagino antes de verlo liberado de la prenda, por esa intuición con la cual a veces nos anticipamos a la belleza. Creo que también se lo parece a él, es una inquietud que se refleja en sus ojos, son unas pupilas infantiles, aprisionadas por una piel llena de grietas, que ahora se convierte en una cueva al fondo de la cual adivino una luz. Es la luz del deseo y creo que también es bella, es posible que sea necesaria para descubrir la belleza de la extranjera; quizás necesitemos de esa mirada para vencer la perplejidad. Es posible.

Observo la casa desde el exterior, es pequeña y utilitaria, como si sólo fuese un refugio para resguardarse de la densa lluvia que está cayendo, de la humedad que se desprende de la montaña, de los ríos que recorren el camino desesperadamente para desembocar en un mar desconocido. Por eso ante el hastío exterior, la pequeña casa se muestra como un espacio agradable, casi una edificación de juguete y en cuyo interior, entre sus paredes, el hombre y la mujer estuvieran realizando un juego: el de los seres que se aproximan, que se reconocen, que se temen, que se aman...

En ese juego los contemplo. Él está sentado y ella de pie; parece ofrecerse, da vueltas sobre sí misma, se acerca, se distancia, él recorre visualmente su cuerpo, aún cubierto por el vestido, pero adivinándose la desnudez. Puede ser un creyente

contemplando a una diosa, también creo que él posee una mirada de poder, de dominio sobre el ser que tiene delante. En todo caso hay un pedestal invisible que es una frontera entre los dos, capaz de dibujar una mujer maltratada o una mujer venerada. A ambas las fabrica ese pedestal, esa distancia con el instinto animal, maravilloso y terrible a la vez.

El hombre tose y su cuerpo se contrae con violencia, ella duda al principio, se asusta, pero luego se acerca, se arrodilla a su lado y lo acaricia, trata de aliviarlo colocando sus manos sobre el cuerpo maltrecho.

Es el dolor quien provoca el primer acercamiento, hace que ella le bese en la frente, en la mejilla, que sus dedos atusen los cabellos. Pero cuando el hombre se recupera, renace el deseo, coloca una mano sobre la pierna, con la otra hace retroceder la falda hasta sus muslos; ella, en una posición incómoda, le deja hacer. Pero sólo llega a acariciar esos muslos, a mirarlos, contemplar aquella piel que está pálida, se lo dice, escucho que le pregunta cómo tiene la piel tan blanca, cuando es morena, con esos cabellos tan oscuros. La mujer sonrío, le dice que ella es así, contradictoria, por eso sus ojos son verdes y entonces se levanta, lo mira manteniendo una cierta distancia —ella de pie, él sentado— lo ilumina, él se siente turbado, duda, no sabe qué hacer, es posible le invadan deseos de tenerla entre sus manos, pero aún no se atreve, por eso sólo le ofrece un café.

Creo que ellos se miran para analizarse, descubrirse el uno en el otro, hallarse; pero esa búsqueda la hacen desde lo que

contiene la memoria de la pupila. Quizás sea imposible una mirada virgen. Y no es necesariamente mala la ausencia de esa virginidad. Necesitamos de la contaminación, aunque en ocasiones la contaminación destruya, incluso pueda estar cargada de prejuicios. Ahí está el valle, un espacio que fuese verde, castigado por décadas de humos industriales. Sin embargo, eso le ha dado su identidad, una particular belleza. Ahora, en una casa en la falda de la montaña, ellos pueden crear un espacio contaminado, pues en él está la memoria, los recuerdos, las frustraciones, las emociones, los deseos dormidos... ¿Puede haber belleza en ese espacio?

Los dos están en la cocina, el lugar más amplio situado en la parte de abajo, arriba hay un dormitorio, creo que existan más estancias en la otra parte, unas paredes que lindan con la montaña y pienso que eso debe producir humedad; de todas formas la casa se muestra como un sitio cálido y acogedor. Es una impresión que aumenta ahora, cuando el pequeño lugar se ve invadido por el aroma del café que llega hasta el exterior.

Contemplo cómo los dos se sientan a la mesa, próximos, distendidos, hablan en voz baja y me es difícil escucharlos, a pesar de lo cual su murmullo me proporciona una agradable sensación.

Él le habla de aquel valle en el que ha nacido, donde siempre ha vivido, sabe que es una hondonada en la tierra, oculto por las montañas, envuelto en nubes grises. Le explica que a principios de siglo buena parte de las tierras de aquel valle eran un

descampado, hasta que abrieron las primeras minas y se empezó a poblar, cuando vinieron gentes de otros lugares para trabajar en los pozos. Le comenta con una sonrisa que a quienes venían de afuera les llamaban coreanos, aunque la mayoría fuesen españoles. Le dice que ella sería una coreana y la mujer se burla ante aquella denominación. Supone que le habrá parecido un paisaje feo, incluso terrible, quizás lo sea, pero es suyo, posee una belleza particular. Es la belleza de los seres heridos, que siempre tienen un brillo en la mirada, como el de sus ojos verdes, que sí es realmente bella.

Creo que la mujer se siente halagada por aquel comentario, pero también un poco aturdida, por eso levanta la taza y bebe, oculta casi todo el rostro con el tazón blanco, hasta el punto de que sólo se distinguen los cabellos negros.

Cuando deja la taza sobre la mesa, le queda una marca oscura rodeando sus labios, él la ve y se lo dice con una señal, intenta limpiársela con una servilleta, pero ella se adelanta. Saca un pequeño bolso rojo del impermeable y extrae un pañuelo. Miro aquel bolso abandonado sobre la mesa, también lo hace el hombre. Imagino que se desprende un aroma, el aroma de los secretos que se contienen en ese pequeño espacio. Son enigmas que dibujan a la mujer desconocida que ella es, pero es mejor que sigan ahí encerrados, por eso el hombre se limita a la contemplación, quedando la mano sobre la mesa, sin avanzar hacia el bolso, como quizás lo haya pensado en un primer momento.

El hombre le cuenta que aquel es un valle de gentes rebeldes, así que más de una vez se han levantado. Es posible que sea

por el río negro, por aquellas nubes, por aquel mundo gris, por esa tristeza que casi se puede palpar. Ella le pregunta si cree que la tristeza es una forma de rebelión, él le responde que no sabe, tiene dudas, pero piensa que rebelarse contra las injusticias del mundo es una forma de buscar la felicidad, aunque no dure mucho.

Veo que la mujer lo contempla, le desvela a otro hombre cuando le habla del valle, de aquella rebeldía, creo que existe alguna admiración, un reconocimiento en esa mirada, pero también habita la indecisión ante el ser al que se aproxima.

El hombre deja descansar su cuerpo sobre la silla, con los brazos tendidos, respira con tranquilidad, liberado de la convulsión anterior; está relajado, en ese estado que solemos alcanzar cuando nos liberamos de un mal o el dolor nos abandona y el cuerpo encuentra una paz cansina. De esa forma él contempla a la mujer extranjera, que da vueltas por la cocina, lo observa todo, el orden, el cuidado, las viejas latas de productos que hay encima de los armarios, dotando de un ambiente añejo al lugar.

Observándolo todo, bebe de la geografía del sitio, se empaapa de su esencia, de la personalidad que adquieren las casas largamente habitadas, de la historia que acumulan las paredes, las vivencias que guardan.

Le dice que percibe allí la presencia de una mujer, otra que desde luego no es ella. Y al hablarle de esa mujer, lo hace con su acento extranjero, convirtiéndolo en una indagación, un introducirse en la particularidad de aquella casa a la que acaba de llegar. Pero el hombre no le responde; guarda silencio, no expresa

nada, dirige su mirada hacia la ventana, por cuyo cristal contempla la lluvia, las gotas que caen sin cesar y amenazan con anegarlo todo, sumergir en las aguas aquel espacio robado a la montaña.

Ella también mira por el cristal contemplando la lluvia, percibiendo la humedad; se diría que la transporta a un estado de añoranza, la arroja a un país sombrío, por lo cual se siente a gusto en aquella casa, bajo aquel techo, como un refugio ante el hastío exterior. Por eso se acerca a él: se sienta sobre sus piernas, lo hace con cuidado, pues supone la debilidad masculina, deja que los cabellos caigan sobre el rostro, e, inundándolo, lo lleva a una zona de sombras.

Pero aquella es una oscuridad cómplice de la ternura, pues son unas manos que lo acarician, unos dedos que parecen invidentes recorriendo su rostro, paseando por los párpados que, cerrados, le llevan a un descubrimiento en ese mundo oscuro. Es la boca de ella acercándose a su oído, le habla, puedo escuchar unas palabras que no entiendo, pero creo que tampoco él: es un lenguaje extraño, su idioma extranjero. Pero, aunque no entiende aquel idioma, él abandona la inmovilidad de sus brazos y apoya las manos sobre el cuerpo femenino. Los dedos del hombre recorren el tejido, quieren adivinar, saber por encima del vestido, que, a pesar de ser ligero, de percibir que no hay nada debajo, le estorba. Por eso aquellos dedos exploradores hacen que el tejido avance por sus piernas subiéndolo hacia arriba, pero otra vez solo llega a sus muslos y allí se para, o más bien, ella lo detiene.

La mujer se levanta, lo mira. Es fácil percibir en el verdor de aquellos ojos su dominio, el placer que le produce ser deseada, como el verdor húmedo de aquel valle, una belleza lastimada. Es posible que el hombre crea que ella se va a alejar y eso le provoque vacilaciones. Contemplo la duda que se instala en su rostro, el temor por un breve abandono, pero este no tiene lugar. La mujer vuelve a sentarse sobre él, pero esta vez cambiando de posición, abre las piernas, el vestido se le sube hasta la cintura y, a horcajadas, con sus muslos desnudos, sienta su cuerpo sobre el del hombre.

Dibujó con la mente la infinitud de los cuerpos, donde se acaban y prolongan con el otro, componiendo en su alteridad diversas siluetas; quizá eso sea el amor, una transfiguración de las formas, de los estados. Algo que el hombre y la mujer solo acaban de comenzar, una ardua tarea, una jornada laboral como la que él iniciaba en la madrugada bajando en la jaula a las entrañas de la tierra. Es el trabajo de los cuerpos, su infinita extensión, un territorio tan limitado como eterno, un terreno que nos es abrupto y desconocido, por eso nos comportamos ante él igual que exploradores.

Durante unos instantes la lluvia aumenta de intensidad, se asemeja a un diluvio, un castigo que sólo se abatiese sobre aquel lugar en la falda de la montaña. Pero son sólo unos instantes, porque luego vuelve un llover cansino y leve, se diría que incluso pudiera escampar en algún momento. Sin embargo aquel chaparrón ha provocado un mar desbordado, cuyas embestidas se